

ALFAGUARA



Óscar Lobato

La fuerza y el viento

Primera parte

Intenta protegerla del sol, y entonces recuerda que ella ha muerto. Ha sido un gesto inútil. Tanto como mirar alrededor. Nada a la vista. Únicamente ellos y su balsa derivando en mitad del Caribe.

El vendaje le contiene la hemorragia y los tiburones ya no les rondan. Tal vez se hayan saciado con los cadáveres de los otros. De momento, al menos.

Antes de morir, dicen, la vida entera pasa ante tus ojos. Falso. Te sientes tan agotado que sólo ansías entregarte, acabar... Lo otro, ese evocar tu existencia, él lo ha vivido días antes. Comenzó setenta y dos horas después del ataque y de que su velero reventara, en mil pedazos, alcanzado por la granada explosiva.

En el fondo, que les hundiesen la balandra con un lanzacohetes casi ha sido una victoria. El tesoro también se fue a pique con ella. Los muy canallas se quedaban sin botín. Aunque tal vez eso no importara demasiado y solamente pretendían enviar un mensaje bien clarito. Ahora todos saben cómo las gasta el cártel del Golfo.

No siente miedo, ni le importa cuánto más seguirá vivo. Sólo espera que nunca descubran su cadáver. Su único anhelo es desvanecerse en las profundidades del mar.

Hace un esfuerzo por pellizcarse y nota que la piel tarda en recobrar la tensión. Está deshidratado. Sufre punzadas en la cabeza y la memoria le juega extrañas pasadas. Acaba de recordar una cita del historiador aquel... ¿Cómo se llamaba? ¿Gosse?... ¡Qué sandez! No recuerda el nombre pero sí las frases: «El pirata afortunado, como el hombre afortunado en todas las demás profesiones, no busca notoriedad por razones palpables. Es dudoso que ni aun los más infatiga-

bles periodistas, de existir en su forma actual, logran vencer tal modestia. El pirata que escapaba a la horca prefería ir a la oscuridad con su fortuna...».

Capítulo 1

1992. Corriendo la costa del Caribe

Achajua. Candela pura. Calor como para fundirle los cuernos al propio Satán. Pasa de treinta a la sombra y la estación balnearia de El Rodadero suda a muerte bajo esta humedad ambiental. La costa entera de Gaira es la sauna del infierno.

Desde la mar, el caserío de El Rodadero parece un paisaje adolescente decidiendo cómo suicidarse: si ahorcado de sus alturas de hormigón o asfixiado por saturación horizontal. Mientras el balneario colombiano resuelve el dilema, las olas lamen sus arenas y el sofoco desembarca, tomando posesión entre palmas de troncos encalados.

El conductor del blindado no distingue el mar. Ni la arena. Ni las palmeras. Eso es privilegio de ricos. Él maneja un pesado Navistar 170 por la vía más distante al paseo marítimo. Los inmuebles a su diestra le tapan la orilla. ¡Si el calor costara plata! Pero es gratis y los pobres siempre andamos de cola, refunfuña para sí el chófer.

Conduce cuidadoso. El firme está deteriorado. La lluvia matinal ha parido sobre el asfalto decenas de lagunitas que enmascaran los baches. Por mero reflejo de supervivencia, trastea el regulador del aire acondicionado. Inútil. En cuanto el cansado furgón circula unos metros, el chorro frío se extingue y sólo fluye un soplo tibio.

—¡Qué chanda! —rezonga, a nadie en particular.

Tampoco le escuchan. Su compañero en cabina dormita, recostado contra el portón. Sus otros dos colegas roncan, desmadejados, en las bancadas traseras del camión. Lógico, piensa él. Andan en faena desde bien temprano, recogiendo

divisas en cada hotel, desde Ciénaga hasta acá. El Galeón, el Zuana, el Irotama...

Al final de esa larga ronda, parada en el lujoso fraccionamiento de Brisas del Lago. Allí retiran doce pesadas sacas en la residencia de un particular. Un tipo hosco, con acento mexicano y fachada peligrosa. Ahora trasladan esas tulas al aeropuerto Bolívar, donde las aguarda un avión privado. El resto de fardos, repletos de dinero, los conducirán hasta el búnker de su empresa en Santa Marta, la capital del estado. Pero ese retorno lo harán ya por la N-90, la Troncal del Caribe. Es más cómodo y rápido.

A ciento cincuenta metros del acceso a la Troncal, el mecánico distingue el Nissan Patrol. El vehículo viene por la derecha, remontando la pista arenosa que muere en Playa Salguero. Va a incorporarse a su ruta. El chófer lo ignora. Hace mal. Ese todoterreno ha permanecido acechando, a la sombra de un higuerón, hasta que su ocupante recibe una extraña orden por radiotransmisor:

—*Waruguma Àban! Àdüra!* (¡Estrella Uno! ¡Aplastar!)

El Nissan se suma a la carretera tras su camión y acelera para rebasarlos. Por su retrovisor, el chófer atisba al conductor del vehículo, un enclenque de gafas oscuras, tocado con gorra de visera. Reduce un poco. Le dejará adelantar. De improviso, el todoterreno los golpea, convertido en un brutal ariete.

El Navistar 170 sale despedido hacia la cuneta y choca contra el tronco de un grueso camajorú. El hombre al volante impacta contra el parabrisas de su furgón y el topetazo le aturde. Peor les va a sus compañeros. Gimen y la sangre resbala por sus rostros.

Una Suzuki Jebel se acerca entonces al camión. La motocicleta frena. El pasajero se apea y lanza contra el blindado una botella de vidrio, cuyo gollete ciega una mecha ardiente. El cóctel molotov revienta sobre el capó. Una onda de fuego se esparce por encima del morro del transporte acoirazado. El chófer ve cómo esa ola flamígera trepa los gruesos vidrios del parabrisas y funde las escobillas limpiadoras.

Sin tregua, una segunda motocicleta les acomete, feroz, por el costado opuesto. Su pasajero también les arroja otro artefacto incendiario. Las llamas devoran la delantera del furgón. Atrapados en su fortín rodante, los celadores sienten arder su piel. Deben escapar cuanto antes. En un gesto instintivo, el chófer busca su revólver.

—¡Boten sus armas y salgan! —conmina uno de los atacantes—. ¡Apúrense o se cocinan vivos ahí dentro!

Parece evidente que hoy no será el último día de sus vidas. Esos tipos les brindan un chancecito. Los vigilantes abren las puertas y arrojan fuera el armamento. Ni insultos, ni otro maltrato, salvo verse forzados a tumbarse sobre la calzada.

—¡Brazos estirados y piernas bien abiertas! —grita el atracador.

Con disimulo, el conductor los observa actuar. Éstos son militares, piensa. Cada uno ocupa una posición asignada de antemano y atiende a un cometido. Ése recoge los revólveres y las escopetas que ellos acaban de rendir. Aquél vigila la ruta por si surgen amenazas. Y los restantes saquean ya el Navistar.

El chófer mira al canijo que les ha estrellado el Patrol. Ahora les encañona con un Kaláshnikov. ¡Bien duro, el flaco ese! Salió del Nissan tan campante, sin el menor rasguño. El cautivo desvía su vista hacia el resto de la cuadrilla. No parecen apurados ni nerviosos. Han elegido bien el momento y el sitio. La ruta del blindado apenas registra tráfico a esta hora. El atracador que les ha gritado parece el líder. Le ve tomar un radiotransmisor y repetir algo incomprensible:

—*Muya! Muya!* (¡Tierra! ¡Tierra!)

Al conjuro de esa orden ininteligible, una Dodge Ram irrumpe en escena. La furgoneta vira y retrocede hasta colocar su caja trasera de espaldas al Navistar. Salvo el esmirriado, que sigue encañonándoles con su cuerno de chivo, los demás bandoleros forman una cadena. El jefe penetra en la caja del blindado, comienza a sacar bultos y los pasa a los otros, para su acarreo.

Los asaltantes extraen primero las tulas que ellos retiraron en la villa del mexicano. Esos tipos están muy bien informados, piensa el chófer. Es infrecuente que su empresa recoja valores a un particular. Sólo cuando los atracadores terminan con esas fardas, siguen con las de los dólares.

De pronto, el enclenque emite un chiflido para atraer la atención de los demás y señala hacia el otro lado del río. Varios curiosos se arraciman allí, carretera abajo, intrigados por la humareda del incendio. El cabecilla surge de las entrañas del transporte blindado. Valora la situación y ordena a media voz:

—*Earásura!* (¡Terminad!)

Los motociclistas suben a sus máquinas. El enclenque y el líder se acomodan en la Ram. En la calle sólo queda un gigantón, quien avanza una decena de metros. Apunta hacia los distantes peatones y abre fuego. Su fusil escupe dos breves ráfagas. Los proyectiles silban, altos, por encima de las cabezas de los testigos. Suficiente para dispersarlos. Luego el tipo sube a la Dodge y el grupo parte. Los motoristas aceleran sus máquinas y se sitúan en cabeza. El convoy enfila directo al norte.

El teléfono repiquetea en el puesto de Policía Nacional. Descuelga el propio jefe de dependencia. Está solo. Tres de sus subordinados, que para eso lo son, patrullan ahora el sector de Pozos Colorados. Los únicos de guarnición son él y su conductor, de guardia a la puerta. Al otro lado del hilo, una voz agitada informa de un tiroteo. Armas automáticas y un transportador blindado incendiado. ¿Cuánto hace? Diez minutos. Acaso menos.

El sargento cuelga y aplica, estricto, el protocolo idóneo para tales casos. Primero, salva tu culo. Segundo, informa a la superioridad. Tercero, solicita instrucciones precisas. Cuarto, endosa el fregado a otro... ¡Maldición, falla el punto cuarto! Cuando termina de reportar con el mando central en Santa Marta, ya tiene instrucciones precisas.

Tiene muy clarito cómo actuará. Él no será el primero en acudir al escenario del suceso. Y si puede, tampoco el segundo.

Por radio, ordena a sus patrulleros dirigirse al lugar en cuestión. Les informa de que van refuerzos de camino y les insta a llegar con las armas prevenidas. Luego le grita a su subalterno que deben emprender la marcha. Con calma, el sargento se acomoda en el asiento derecho del Mazda 323 oficial. Cuando su conductor se pone al volante, le ordena descender por la Calle 1 y seguir luego la costa. Es la ruta más larga. A veces, el camino más corto te abrevia también la vida.

La Dodge Ram y las Suzuki se hallan ya más de dos kilómetros al norte del lugar del asalto. Abandonan la carretera vieja hacia la capital y enfilan a poniente, como buscando el recinto del hotel Cascada. Seiscientos metros antes de alcanzar el establecimiento, el convoy tuerce a la derecha y enfila una pista ganadera que trepa hacia la serranía de Cerro Ziruma.

La caravana fugitiva levanta una estela de polvo mientras discurre a lo largo de las quebradas. Su destino parece la punta Betín, al extremo meridional de la ensenada de Santa Marta. Sin embargo, la comitiva vuelve a modificar rumbo y toma por una trocha de acémilas que descende hacia la caleta de Inca-Inca. El líder de la banda vuelve a accionar su radiotransmisor:

—*Barana! Barana!* (¡Océano! ¡Océano!)

El destinatario de la transmisión responde silbando *Santa Marta tiene tren*, el conocido porro caribeño. Un melódico acuse de recibo.

El Navistar 170 yace parcialmente calcinado, y de sus cuatro ocupantes sólo el conductor brinda algún testimonio útil, aunque sus observaciones resulten vagas. Preguntado por las señas físicas de los ladrones, se limita a constatar que iban enmascarados:

—No pillé la jugada, mi suboficial —asegura el chófer—. Como le dije, el bololó se formó bien raudo. Y el combo ese puyó el burro, de seguida.

—Ya, pero dice que eran siete —insiste el sargento—. ¿Cómo le parecieron? ¿Blancos o negros? ¿Samarios de por acá o forasteros?...

—No estoy cierto. Había cuatro prietos y los otros parecían blancos. El más alto, un mono muy fortachón, lo era seguro. Eso sí, se veían diestros con las armas. Para mí que eran milicos. No sé, pudieran ser gringos.

—Estadounidenses, pues —concluye el policía.

—Si cavilo bien, tal vez no, señor —arguye el conductor—. Uno de ellos, el jefe, hablaba español. Y no era samario. Su acento sonaba a rolo. A bogotano, ya sabe.

—¿Colombianos, entonces?

—Pues fíjese que no, mi sargento. Verá, el rolo también platicaba muy raro. Radió algo en una lengua extranjera que no era inglés, eso seguro. Tal vez yo le parezca un zote, pero me sonó como ruso.

El idioma de transmisión no plantea enigma alguno para el patrón de la lancha, fondeada junto al islote Pelicano. La embarcación, una semirrígida Avon de ocho metros de eslora, había echado el ancla sin intrigar a nadie en las casitas sobre el peñón. Isla Pelicano atrae a muchos buceadores.

La Avon conecta motores. Su turbina lanza un rugido sordo y, en tres minutos, devora la escasa distancia que la separaba del ancón de Inca-Inca. Sus dos tripulantes ven cómo la Dodge Ram y su escolta motociclista han alcanzado ya la playa.

El patrón de la lancha evidencia gran destreza. Treinta metros antes de ganar el rebalaje de la orilla, corta potencia. La semirrígida avanza, perdiendo velocidad, hasta varar suavemente su proa sobre la arena. Nadie pierde tiempo. Una nueva cadena humana traslada el botín de la camioneta a la embarcación. Los cuadrilleros cargan luego las motos en la caja trasera de la Dodge. El jefe de los

atacantes y otro de sus hombres suben al vehículo. El resto de la hueste embarca sin demora, mientras la Ram enfilaba otra vez, de subida, por la misma trocha.

El Comando de Policía del Magdalena es un edificio colonial pintado de verde y blanco. Un lugar donde el atraco de Gaira ha sembrado conmoción. Todo vehículo de patrulla disponible es movilizad a cegar vías de escape. Con urgencia, se despliega un operativo para rastrear cada ruta y calle.

Veinticuatro horas antes, una banda de ladrones ha sustraído 24.000 millones de pesos del Banco de la República, en la vecina Valledupar. Los delincuentes inutilizaron los sistemas de seguridad y reventaron una bóveda auxiliar, saqueándola, antes de huir en un camión. Los mandos policiales sospechan conexión entre ambos delitos. Más aún si, como los indicios sugieren, los delincuentes son una partida de rusos, excombatientes de Afganistán, apoyados por mercenarios cubanos.

Ante tan extrema peligrosidad, la Jefatura reclama helicópteros a la base aérea policial de La Remonta, en la periferia de Santa Marta. Lamentablemente, sólo un Bell Jet Ranger se encuentra disponible, aunque tardará media hora en concluir su repostaje y poder despegar.

Al volante de la Ram, el líder de los atracadores y su compinche recorren las quebradas entrañas del Ziruma. La camioneta alcanza una vaguada, frena y extingue el motor. El jefe vuelve a hablar por radio:

—*Ubehu Biama! Ubehu Biama!* (¡Cielo Dos! ¡Cielo Dos!)

La respuesta llega entre un fuerte estrépito de fondo:

—*Vidü, vidü, vidü, vidü!*— repite un anónimo comunicante, preocupado por que la cifra suene fuerte y clara.

El líder mira su reloj. Perfecto. Ocho minutos y el helicóptero entrará a recogerlos. Deben apresurarse. Él y su compañero van hasta la parte posterior de la Dodge. Abren

los tapones de los depósitos de carburante de las motos, tumbadas sobre la caja. El combustible mana y un acre olor a benceno invade el aire.

El líder se aleja cien metros y se aposta tras un altozano. Desde allí puede controlar un buen tramo del sendero pecuario. Es improbable que nadie lo recorra a estas horas, pero más vale prevenir. Consulta su cronómetro de nuevo. Dos minutos para la llegada de la aeronave. El jefe hace una señal y su cómplice aplica una tea, improvisada con vegetación reseca, a los asientos de la Ram ya empapados en gasolina. Después, arroja ese hachón a la caja trasera del vehículo y corre para hurtarse de la explosión.

Cuando oyen el rotor del helicóptero, la Dodge y su carga arden hechas una pira, desprendiendo una columna de humo negro. El aparato, un Robinson Raven, vira lejos de la humareda. Se encara al viento y desciende hasta aterrizar sobre un mínimo llano. Los dos asaltantes corren hacia él y suben a bordo. La aeronave despega y enfila hacia el mar.

La Avon tarda diez minutos en alcanzar el suntuoso yate, detenido a siete millas de la costa. Un navío de setenta metros de eslora y con bordas pintadas de azul marino en toda su longitud, contrastando con la blancura inmaculada de sus tres cubiertas. La nave ondea pabellón de Belice y luce su nombre en popa: *La Cinquantaine*.

El patrón de la semirrígida se despoja de su atavío náutico y revela un ajustado bañador de natación, ceñido a un atlético cuerpo femenino que desaparece, enseguida, dentro del yate. En otro rincón de la cubierta, el delgado conductor del Patrol también se muda de atuendo. Termina de anudarse al cuello el sucinto biquini y completa su atavío con un pareo. Sin gafas de sol ocultándolas, las pupilas de esta última mujer revelan un cálido tono castaño. Andrógi-na y un punto asténica, Teca Obiols, doctora en Medicina, tiene tan poco de combatiente soviético como de campeona de halterofilia.

El supuesto ruso hablado por los piratas y que confundió a víctimas y a la policía tampoco es tal. Pero el garífuna, la lengua de los caribes negros, es un gran desconocido. Apenas unos miles de personas lo hablan en todo el mundo.

El helicóptero arriba por fin y toma con suavidad sobre la helizona, a popa de la cubierta superior de *La Cinquantaine*. El líder del grupo forajido salta de la carlinga, despojándose de su indumentaria de combate. Nadie le habla. Todos saben que, tras cada acción, prefiere aislarse. Las descargas de adrenalina inducen a una turbia soledad a ese hombre, inexpresivo y con ojos gris ártico. El pirata se llama Uriel Gamboa y la primera vez que expolió un barco tenía nueve años.

2 de septiembre de 1967. La Caleta, Cádiz

La niebla matinal estrangula el camino sobre el arrecife al castillo de San Sebastián. Ha cerrado, densa y rápida, con saña. Uriel Gamboa apenas distingue ya, detrás y a su derecha, el edificio del balneario de La Palma, un gigantesco palafito sobre la arena de la playa. Tras él, la bruma devora la estampa urbana de Cádiz.

Van a dar las ocho de la mañana y el camino que lleva a la fortaleza militar resulta inquietante, ensabanado en ese sudario lechoso. Pero el niño está aquí precisamente por eso. Debe aprender a controlar su miedo, a vencer los fantasmas de la mente. La niebla no puede asustarle. Sólo es un percance climatológico.

Uriel Gamboa va para guerrero, como su padre y su abuelo. No puede amedrentarse por cosas que turbarían a otros chicos de su edad. Único varón en su familia, tras dos niñas, las armas le aguardan. Seguirá la tradición de su apellido. Por eso Uriel cultiva hábitos impropios de su edad. Cada día, al levantarse, se halle donde se halle, su primera obligación es ubicar el norte. Luego debe consultar el parte

meteorológico, como si fuera a entrar en combate. Hoy, el pronóstico vaticina marejadilla con vientos del sur, fuerza tres, y máxima de treinta grados centígrados.

Sin desayunar, el chico salta a la calle. Le basta con descolgarse desde el alféizar de la ventana de su dormitorio, en la planta baja de los pabellones militares. Después, echa a trotar hacia el castillo. Si él no ve, el enemigo tampoco. La niebla juega a favor de los osados. Los vuelve invisibles frente al adversario. En las películas, el monstruo marino ataca surgiendo de entre la bruma. En la vida real no es así. Sólo el ser humano es capaz de aprovecharla para matar.

Uriel aguza el oído. El único ruido diferente al batir del oleaje contra las rocas proviene de un chiringuito, a medio camino hacia la fortaleza. Alguien, dentro, tiene sintonizado el programa *Ritmo y ruta* en Radio Cádiz. Ahora suena un tema de Los Brincos. Cantan que han estado la otra noche con una tal Lola. Le caen bien Los Brincos. Aunque su abuelo, el coronel, los llame melenudos afeminados. Y su padre, el capitán Rodrigo Gamboa, los tilde de «niñatos yeyé», insulto de gravedad similar o incluso superior. Pero a mademoiselle Fina le gusta el grupo y tiene varios discos suyos. Uriel canturrea, en voz baja, una estrofa de la canción:

... como niños, besándonos en la sombra.

Calla de golpe. Ha cometido un error. Acaba de delatar su posición, en mitad de la niebla. Debe corregir su fallo. Cruza al lado opuesto de la calzada. Por entre los bloques del quitamiedos, desciende a las rocas, que la bajamar deja al descubierto. El agua de un charco moja sus pies. Avanza un poco, para ganar terreno más seco. Se acuclilla inmóvil, escuchando, acechando cualquier presencia hostil.

Ningún signo de vida salvo el batir marino. La calina desalienta a los pescadores de caña y a los bañistas madrugadores. Bueno, más que la bruma, es que esta tarde empieza el Trofeo Carranza y la gente se reserva para luego. Juegan el Madrid, el Valencia, el Peñarol y el Vasco da Gama. Sus

mayores irán al fútbol. Uriel no. Él tiene otros planes para hoy. Entre ellos, empezar el libro del que se ha apoderado a hurtadillas: una novela en rústica y que costaba dos pesetas, muchos años atrás.

Mamá la había olvidado sobre la tumbona del patio y Uriel se la agenció, intrigado por la ilustración de la cubierta. En esa portada, un hombre misterioso, vestido con gabán gris y la cara oculta por el ala de su sombrero, carga en brazos a una joven desvanecida. El dibujo sugiere que el desconocido va a hacerle a la chica algo más que un porteo. Tal vez vaya a hacerle «eso», lo que sus hermanas murmuran que su abuelo, el coronel Gamboa, le hace a mademoiselle Fina.

Un brutal estrépito resuena cerca del puente-canal, unos veinte metros delante de donde él se encuentra. Madera que cruje al quebrarse y metal chirriando. La bruma abre un poco y el niño distingue la silueta del yate recién embarrancado. Un motovelero ha encallado de proa y mantiene su quilla en precario equilibrio sobre las rocas. Luego el barco escora y abate hacia su costado de babor.

Uriel se acerca, apresurado. El motor diésel aún jadea y sigue funcionando. Alguien maldice en una lengua extraña. No es francés, eso seguro. Gracias a mademoiselle Fina, él habla bien ese idioma. Esos exabruptos gangosos deben de ser inglés. Confirma la suposición al detenerse frente al velero. Colgada del baquestay, una Union Jack tremola blanda.

Alguien desconecta la máquina. Cualquier día es malo para embarrancar, pero hoy resulta bastante nefasto y éste es el peor sitio para que eso suceda cuando se enarbola pabellón británico. El arrecife al castillo de San Sebastián es jurisdicción militar y, veinticuatro horas antes, la ONU ha fallado a favor de España sobre la cuestión de Gibraltar. Naciones Unidas entiende que la situación colonial del Peñón amenaza, parcialmente, la unidad nacional e identidad territorial de un Estado. Por tanto, resuelve que Gran Bretaña y España sigan negociando sobre el futuro de la colonia.

Parece improbable que tal dictamen indujese al patrón del yate inglés a emborracharse hasta perder el conocimiento. Una inconsciencia etílica de la que acaba de sacarlo el crujido de su barco, desguazándose contra el arrecife. Sin dejar de maldecir, el británico aparece en cubierta e intenta erguirse sobre la tablazón, pero resbala, trastabilla contra la borda y cae sobre el roqueo, en cómica costalada.

Uriel reprime la carcajada a duras penas, sin lograr sofocar una breve risita. El marino se alza. Mira las palmas ensangrentadas de sus manos y luego a ese mocoso burlón. Luchando contra su ebriedad, el tipo va hacia él. El niño Gamboa le ve llegar y saluda, sonriente, con la única frase en inglés que conoce:

—*Hello, mister! How do you do?*

El británico le atiza un brutal revés con la diestra. Uriel, alcanzado de pleno, cae sentado de culo en el camino del arrecife. Dando camballadas, el náufrago echa a andar hacia la ciudad, insultando aún al chico. Éste le ve alejarse, mientras un odio furioso tiñe sus pupilas.

El chico decide vengar la afrenta recibida y se introduce en el motovelero. Aún no hay nadie en las inmediaciones. Por regla general, en La Caleta, un barco encallado y vacío corre idéntica suerte que un queso dentro del horno de una acerería. Desde la época fenicia, los gaditanos practican el noble arte del raque, el expolio de pecios. Una actividad tan popular como gratificante.

El chico entra en la cabina, anegada de agua, aunque hieda a tabaco y licor. Parece como si un clan de mandriles hubiera celebrado una fiesta a bordo. Diez botellas vacías de cerveza y una caneca de güisqui flotan en la inundación. Nada atractivo salvo ese cofre de teca, abandonado sobre la litera de babor.

Gamboa abre la caja. Dentro duerme un aparato de latón, cuyo nombre desconoce. Parece valioso. El niño se lo incauta, sin remordimientos, y regresa a cubierta. Va a largarse cuando recuerda la historia que su abuelo le refirió noches atrás. Arrebatarle el pabellón a un barco abordado

constituye una grave ofensa entre las gentes de mar. Suma humillación a la derrota. Del bolsillo trasero de su pantalón corto saca una afilada navaja portuguesa, con hoja de punta chata. Con presteza corta las patas que unen la bandera al cable metálico del baquestay. Luego guarda su cuchillito, pliega la pequeña Union Jack y se la mete por la cinturilla del pantalón.

El chico salta a las rocas con su botín y echa a correr hacia el ojo del puente-canal, en busca de la playa arenosa. Entonces oye el vehículo que se aproxima procedente del castillo. Gamboa gira la cabeza. Un Jeep del regimiento artillero de guarnición en la fortaleza se acerca al yate embarrancado. Los militares no han debido de ver a Uriel, pues descienden y concentran su indagación en el motovelero naufragado. Él aprovecha para reanudar su fuga, mientras su corazón le pateaba el cielo de la boca, y escapa de regreso hacia su casa.

De un salto, Uriel se encarama al alféizar de la ventana de su dormitorio. Lanza el cofre robado dentro, para que aterrice sobre su cama. Se aúpa y desaparece en el interior de su habitación, como hurón perseguido. Sentado ya en el suelo de su alcoba, aspira hondo varias veces, recuperando el aliento.

18 de octubre de 1991. Recuento de botín

La doctora Teca Obiols observa a Uriel Gamboa con clínico cinismo. Le ve respirar agitado, acodado sobre la borda. Éste siempre igual, piensa irónica. Cuando todo pasa, se le viene el mundo encima. Sonríe y restituye su mirada a la elegante cámara de *La Cinquantaine*.

Dentro, la atmósfera desborda euforia. Hace más de media hora que reembarcaron y la contadora automática de billetes aún sigue funcionando. Miguel Lantery acaba de comunicar al resto de congregados que cada una de las sacas sustraídas contenía un lingote de oro de veinticuatro quilates:

—Doce kilos y medio de peso por barra —añade Lantery, jubiloso—. Eso supone 1.624.000 dólares según la cotización actual.

Los presentes saben bien que jamás lograrán ese precio por el metal dorado. Es robado y sólo pueden venderlo, clandestinamente, a un comprador de confianza. Perderán el cuarenta por ciento del valor de mercado en esa transacción. Con todo, el oro les reportará 650.000 dólares.

Como de costumbre, armar *La Cinquantaine* para una campaña ha resultado oneroso. Hay que acopiar bastimentos, medicinas y munición de varios calibres para las distintas armas. También deben comprar los diversos combustibles para las lanchas rápidas y el helicóptero, además del propio consumo del yate. Una carrera como ésa nunca cuesta menos de 100.000 dólares. Aunque esta vez sea más venganza que codicia, piensa Lantery. Mi venganza contra ese maldito bastardo mexicano.

Sea cual fuere el verdadero motivo de esta expedición, las miradas de todos contemplan los fajos de billetes apilados en la tolva de la contadora. Tras cada lote, Lantery anota el resultado en un cuadernillo.

Teca Obiols sorbe un jugo de papaya cuando irrumpe en la estancia Gabriel Paíño, el capitán del yate, un tipo alto y recio, con cabellos castaños desparramados sobre la nuca en una corta melena. Sin interesarse por el recuento, anuncia:

—Se acerca un helicóptero. Por lo que vi con los prismáticos, es de la pasma.

Alguien para la aforadora bancaria y todos aguardan, esperando las instrucciones del recién llegado. En la mar manda él, sin apelación posible:

—El radar no muestra ningún otro eco acercándose —prosigue el capitán de *La Cinquantaine*—. Para mí que el pájaro ese busca a ciegas. Reduciré velocidad y le montaremos un numerito parrandero. Quiero a tres en el jacuzzi de fuera. El resto tened a mano los fusiles y no os dejéis ver.

El Bell Jet Ranger de la policía colombiana por fin ha despegado de la base de La Remonta, en los altos de Santa Marta. Tras una búsqueda infructuosa, el helicóptero recibe un nuevo aviso. El control de tráfico del aeropuerto Bolívar ha participado el sobrevuelo litoral de una pequeña aeronave privada, un helicóptero Robinson Raven. Ese aparato ha entrado desde el mar, sobrevolado La Ciénaga y costeadado luego hasta Santa Marta. Nada extraño. Es un trayecto aéreo muy apreciado por los magnates, cuyos barcos suelen surcar frente a estas costas. La única anomalía ha sido que, durante unos minutos, la aeronave ha desaparecido de las pantallas de radar, como si se hubiera tapado con las cresterías de Cerro Ziruma. Tras eso, el aparato reapareció para volar de nuevo Caribe adentro.

Al conocer ese detalle, el comandante del helicóptero policial decide batir el cuadrante costero entre Santa Marta y Pueblo Viejo. No avista nada sospechoso y traslada su pesquisa más al noreste, hacia el cabo de la Aguja. En la lejanía marina distingue un estilizado navío, azul y blanco, navegando hacia la península de La Guajira.

Al piloto del Bell le toma unos minutos darle alcance. Mientras se aproxima, su objetivo reduce velocidad, ostensiblemente, hasta parecer que casi se detiene. En segundos, su aparato sobrevuela un lujoso yate. En su popa, trincado ya a cubierta, distingue un Robinson, enfundado para preservarlo de la salinidad. Dos mujeres y un hombre le saludan, cordiales, mientras disfrutan de un baño de burbujas en una gran tina circular dispuesta en la proa. El piloto distingue copas en sus manos. Quien tenga dinero para un yate así puede comprarse su propio banco y asaltarlo cuanto le apetezca.

Dos tripulantes del navío le saludan también desde el puente de mando. El policía corresponde a sus aspavientos con un gesto. Por suerte para él, carece de sistema de visión termográfica y no detecta las siluetas armadas, agazapadas dentro del yate. La ignorancia es a veces una bendición. Abate ligeramente el mando direccional de su aeronave y retorna hacia la costa.

Los ocupantes del jacuzzi estallan en carcajadas al verle alejarse. Miguel Lantery sugiere a sus compañeras de baño permanecer allí un poco más, por si el helicóptero regresara. Él debe terminar el recuento del botín. En la burbujeante bañera quedan la doctora Teca Obiols y la patrona de la lancha rápida. Esta última es una joven alta, fuerte, de cabello cobrizo y cortado a lo paje. Su pasaporte la identifica como Grace Shannon, nacida en 1964 en Carlingford, condado de Louth, Irlanda.

Mientras se relaja con las turbulencias de los cálidos chorros del estanque, Grace trata de identificar visualmente los accidentes costeros, para determinar dónde se hallan. Distingue las alturas del cabo de San Juan de Guía, pero no el caserío de Dibulla, a oriente de la capital. La irlandesa estima que, a velocidad media de crucero, doblarán la península de La Guajira en unas trece horas, y cruzarán la divisoria entre Colombia y Venezuela. Llegarán a Aruba, su siguiente destino, en algún momento de la próxima madrugada.

Teca y Grace regresan a la cámara del yate a tiempo para el alborozo general. El conteo del dinero suma 521.650 dólares en efectivo. Tirando por lo bajo, la incursión les ha reportado un botín de 1.171.650 dólares, entre billetes y lingotes. La doctora Obiols piensa que la información de Argos siempre resulta una genuina veta de oro. Aunque venga ya fundido y acuñado. Como casi todos a bordo, la médico ignora la identidad oculta tras ese seudónimo, pero le suena que ése era el nombre de un gigante mitológico con cientos de ojos en su cuerpo. Hasta para eso ha tenido sentido del humor.

Verano de 1967. Cádiz

Miguel de Lantery e Irizar siempre ha sido el verbo hecho carne. O mejor, el adjetivo: precioso de bebé, encantador de niño y guapísimo de adolescente. La pubertad apenas le depara unos pocos barrillos en el rostro. Su voz titubea

aún en los graves, pero su físico, mirada y sonrisa preludian al hombre nacido para derretir voluntades femeninas.

Gabriel Paíño, su amigo de siempre, le mira ahora estupefacto. Apenas logra creer lo que el otro está proponiendo:

—Pero ¿qué dices? —pregunta, incrédulo.

Miguel ni se inmuta. Una luz pícara brilla en sus pupilas:

—Has oído perfectamente. La puerta trasera, la del tendedero, siempre se queda abierta. La chacha jamás cierra el pestillo. La deja así para poder empujarla cuando sale, cargada con el barreño de la ropa.

Gabriel niega con la cabeza. Miguel debe de estar delirando:

—¡Colarnos ahí! ¿Estás loco?... —dice, señalando el muro encalado.

La pared a la cual apunta hace de medianera con una quinta, lindante con la de la familia Paíño, sobre cuya azotea remolonean. Cuando se construyeron ambas, a mediados de los años treinta, esta zona del paseo marítimo gaditano era sólo un arrabal, entreverado de huertas y dunas.

La mansión cuyo allanamiento propone Lantery es una finca modernista, una de las más grandes de la avenida Augusta Julia. Su primitivo dueño gastó un capitalazo levantando ese palacete, sólo para usarlo como residencia estival.

—Atiende, camarada —dice Miguel a su amigo—. Pegado a ese muro queda un trastero. De lo alto de la tapia a su tejadillo hay apenas un metro. Nos descolgamos hasta esa techumbre, saltamos al suelo y ya estamos dentro.

—Vale. ¿Y cómo subimos desde aquí, so listo?

—Trepando por el palo de la canasta de baloncesto.

Gabriel mira el poste en cuestión. Comienza a ser menos reticente a la idea de su compinche. Miguel ve aflorar el interés en los ojos de su compañero.

—Sí —acepta Paíño—. Así resultaría chupado encaramarse a lo alto de la tapia.

—Venga —anima Miguel—. Ya sabes que Martínez es un rata y está podrido de pasta. Es amo de medio Cádiz,

entre pisos y partiditos. Además, ahora no hay nadie en la casa.

—¿Seguro?...

—Me lo dijo la propia marmota. El otro día me la crucé, cargada con un canasto así de grande. De modo que se lo cargué hasta la parada del autobús del balneario. Me lo contó por el camino. Cada año, por estas fechas, suben un par de semanas a Santander.

—¿Y nada más? —pregunta Gabriel, burlón.

Paíño mira a su amigo, aguardando el resto del lance. Lantery ha sido forjado con el metal de los dioses. Debe de haber triunfado con la chacha. Miguel calla sin entrarle al trapo. Sólo le interesa expoliar ese Eldorado colindante. Corren leyendas sobre cierto mueble bar y una despensa bien surtida, con jamones curados y manjares exquisitos. Alguien osado sacaría tajada de esa incursión.

Una osadía que tiene a gala Miguel, cuyos apellidos, Lantery e Irizar, pertenecen al más fino linaje de Cádiz. Una alcurnia concedora de todos los escalones de la talasocracia: de la carrera de Indias al contrabando, pasando por la milicia, la política y, finalmente, a vivir del cuento y la sinecura.

Gabriel Paíño, dinastía también de abolengo local, mira a su amigo, quien lidera el dúo desde niños aunque él naciera algunos meses antes. Ambos comparten también un mismo sueño adolescente; se ven a sí mismos como los protagonistas de *El temible burlón*, una de piratas que les ha entusiasmado de largo.

—¿Seguro que no nos pillarán? —inquire, por fin, receloso.

—Si lo hacemos a la hora de la siesta, nanay —rebate Lantery—. Desde la calle no se ve este patio. Vuestra casa es la más alta de los alrededores. Además, los dormitorios de tu familia abren del lado del mar.

—De acuerdo —claudica al fin Gabriel.

Dos horas después, Miguel Lantery salta desde la techumbre del trastero al patio posterior de la quinta. Gabriel le

imita, arrepintiéndose apenas aterriza sobre el pavimento de losas hidráulicas. Su contrición desaparece, empero, cuando ve a su amigo tirar del asa de la puerta trasera y cómo ésta abre sin resistencia. Atraviesan un lavadero y dan en la cocina. La pieza es amplia. Tiene grandes fogones, ancho fregadero y tres puertas enfrente. Averiguan que una corresponde a un dormitorio vacío del servicio y otra a un exiguo cuarto de baño. La tercera permanece cerrada con llave. Con seguridad, debe de ser la despensa.

—Mierda —protesta Gabriel—. Con esto sí que no contábamos. No puedo abrirla.

Su amigo no responde. Ha desaparecido por los escalones que suben hacia la planta noble de la mansión. Paíño le sigue. La ascensión culmina en un comedor desierto, cuyo mobiliario parece vulgarote. Ni bandejas, ni jarras, ni candelabros de plata. Nada digno de mangarse. Esta planta no va a depararles botín alguno.

—Vamos arriba —ordena Miguel a su compinche.

Suben un segundo tramo de escaleras, donde los escalones son ya de mármol. Esto promete. La primera habitación en la que irrumpen es el despacho del dueño y, comparado con lo que han visto de la casa, el mobiliario de este gabinete parece palaciego. La mesa, en caoba oscura, luce un tapete de cuero verde. Sobre ella yacen un abrecartas y un pesado pisapapeles de bronce. Lantery se dirige al escritorio, mientras su amigo inspecciona una gran bola del mundo tatuada con un antiguo mapa Da Vinci.

Gabriel alza la mitad del hemisferio superior, tras descubrir que rota sobre una bisagra. El hueco interior de la esfera oculta varias botellas de licor. Paíño inspecciona las marcas y sonrío:

—¡Menudo tesoro, macho! —comenta mientras busca alrededor dónde transportar su rapiña. Entonces recuerda que en la cocina vio una cesta para los mandados. Le parece idónea y baja a por ella.

Lantery ni le ve salir, concentrado en los cajones de la mesa. Sólo una de las gavetas tiene la llave echada. Con-

tendrá algo valioso, visto el precedente de la alacena. Miguel toma la plegadera sobre el mueble, introduce la punta por la ranura del cajón y hace palanca. Nada. Prueba de nuevo. Tampoco. Cavila unos instantes, empuña el pisapapeles y lo emplea a guisa de machota.

Gabriel Paíño regresa a la estancia, justo para ver cómo el otro fuerza el cajón. Al extraerlo, los ojos de Miguel se quedan clavados en el fondo. Luego, mira a su compinche y proclama victorioso:

—¡A cada segundo nace un nuevo cretino!

Sus manos despliegan un formidable abanico de billetes verdes de a mil pesetas. Ninguno ha visto jamás tanto dinero junto. Sin pensarlo un segundo, aquel par de chacales imberbes se larga con su inesperado botín. Deshacen su ruta, raudos, regresando de nuevo a la propiedad de los Paíño y refugiándose en el tabanco de su azotea. Allí ocultarán su botín, provisionalmente.

—Ya lo esconderemos mejor más tarde, cuando repartamos —resuelve Miguel—. Ahora, una cosa te digo, camarada. Hasta dentro de tres meses, ni sueñes con gastarte un cuarto de éstos.

—¡Tú deliras, chaval! Precisamente, hay unoggg...

Gabriel siente la zurda de su amigo aferrándole, brutal, el cuello. Boquea, intenta tragar aire y encajarle una hostia al otro. Éste aumenta la presión.

—Escucha —amenaza Lantery—. ¿Sabes por qué trincan a los ladrones? Porque son unos desgraciados. Unos mierdas que, cuando juntan dos duros, se van de putas o a derrocharlos por ahí de juerga.

La presión sobre la garganta de Paíño continúa firme y el acogotado asiente. Más por recuperar el aliento que por conformidad.

—Nosotros somos diferentes —prosigue Miguel—. Somos piratas. Burlamos la ley disimulando y engañando a la presa, como hacían ellos. Recuerda: siempre se enarbola bandera falsa antes de izar la negra.